

AYMER GRANADOS, COORDINADOR. *LAS REVISTAS EN LA HISTORIA INTELLECTUAL DE AMÉRICA LATINA: REDES, POLÍTICA, SOCIEDAD Y CULTURA*. MÉXICO: JUAN PABLOS EDITOR / UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA-CUAJIMALPA, 2012, 328 pp.

*El hombre es la medida de todas las cosas,  
menos la de los hombres y de los pueblos.*

David García Bacca

Como nítida expresión de las maneras contemporáneas de producción de conocimiento en las ciencias sociales y humanas, la historia intelectual –en específico la de síntoma Atlántico y significada por su sino de lengua española–, parece haber llegado a un fructífero estado de móvil equilibrio entre su implícita ambigüedad teórica y metodológica y las formas y procedimientos empleados en la elaboración del sentido que, propiamente, la distinguen al interior de las disciplinas históricas.

Evidencia de ello es el libro *Las revistas en la historia intelectual de América Latina: redes, política, sociedad y cultura*, que es ya el quinto producto editorial del Cuerpo Académico de Historia Intelectual de la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Cuajimalpa.

Constituida por catorce trabajos de diversa índole, aunque aglutinados en torno a la delimitación de las revistas como “nudos-espacios” en los que se hacen visibles los modos concretos de interconexión entre las temáticas enunciadas en el subtítulo, la virtud de inicio de la publicación estriba en la cohesión del sentido final logrado tras la integración de las partes y que enuncia la contextura de la historia intelectual como ámbito de conocimiento permeado ya por el tránsito de los esquemas epistemológicos sustentados en la noción de interdisciplina, hacia otros radicados en una observación de corte transdisciplinario.

Por eso, más allá de las atribuciones procedimentales de aprehensión y conformación de los acontecimientos y su representación, visibles y evaluables a distinto nivel en cada uno de los artículos reunidos por Aymer Granados, la valía del libro radica en su unidad como punto crítico de un estado de la cuestión propiamente historiográfico y que tiene que ver con la modu-

lación de las ciencias históricas en conformidad con las nuevas postulaciones de la experiencias al interior de las sociedades complejas.

Esto es, a la constelación de temáticas que de por sí enuncian la originalidad, la valía y la pertinencia de la historia intelectual como disciplina específica dentro del campo de las ciencias históricas, se suma una aguda condensación de nuevas maneras y perspectivas de entender la relación entre los modos de la operación y la función historiográfica como práctica investigativa y, advertidas en conjunto, como dispositivo enclave de la producción del pasado como objeto del estudio de la historia.

Desde la exegesis del título, lo que permea es la proyección positiva del anacronismo como matriz de sentido: desde la prevalencia de conceptos y metáforas vinculadas a la noción de *espacio* propio de la poshistoria –el recurso a mapas, campos, fronteras y demás atributos del léxico cartográfico–, hasta la saturación semántica del vocablo *red* como código de acceso a la comprensión de las experiencias y los discursos de los hombres en el tiempo.

Lo radical de la trasfiguración significa, sin embargo, algo más que el simple trastoque de uno de los prejuicios teóricos más caros de la tradición histórica moderna y sitúa la pretensión de la historia intelectual dentro de los márgenes más generales de la epistemología y de la historiografía como observación de segundo orden.

En tanto que articulación de sentido, las distintas propuestas de acceso al pasado intelectual de América Latina, así como su resolución particular en términos discursivos, convergen provenientes de su implícita unicidad, en una matriz de significados que enuncia ya la prevalencia de la perspectiva y la observación como las categorías fundantes de un nuevo régimen epistemológico para la historia y, sin que sea, propiamente, su finalidad, de la cultura como el lugar en el que se gestan redes y espacios como factores condicionantes del intercambio de símbolos e ideas y ámbito originario de la conformación del artificio político y social.

La pérdida de centralidad del sujeto en aras de las “relaciones impersonales que se traducen en contextos concretos y determinan la forma en que los individuos interactúan entre sí”, que como “clave metodológica” emplea Estrella para definir el “campo filosófico” que explica el nacimiento y consolidación de *Dianoia* como núcleo de expresión de las redes filosóficas mexicanas; la categoría de *sociabilidad* con que Granados hace explícita la concatenación del “campo cultural” y el “campo intelectual” o, consistentemente, “campo literario”, como el lugar donde Alfonso Reyes intenta la traducción escritural de las experiencias de la convivencia intelectual marcadas por el régimen de la oralidad ilustrada; la condición concéntrica de la explicación histórica que explicita los matices de sólidas relaciones entre acontecimientos y estratos de la historia solo en apariencia disímbolos, como la que se desprende del análisis

que Yankelevich realiza sobre la “Razón Demográfica de Estado” visible en el itinerario de la revista *Población, Migración, Turismo*, o el acceso de múltiple nivel que permite la mirada de José Alberto Moreno a las “redes de difusión del pensamiento conservador” a través de *El Mensajero del Corazón de Jesús* –y en la que el anacronismo se traduce en una propositiva manera de ensayar la historización de la complejidad– y, en fin, en la simple condición de recepción que acompaña los trabajos de Popovitch sobre Althusser y *Los Libros* y de Pérez Daniel acerca de *Ruta* y el realismo socialista, la crítica revisión de Ana Elisa Santos sobre el grupo Hiperión o la evidencia literal contenida en la intención misma de los textos de Maarten von Delden relativos a *Plural* de Octavio Paz, de Naranjo y Bernabéu a *Tierra Firme* y de Miguel Orduña a *La Mesa Llena*, en cada una de estos espacios nudo de los afectos, el pensamiento y el quehacer escritural latinoamericano, acontece como ciega determinación la condición de la cultura como el espacio genérico desde el cual se constituye el sentido temporal íntimo de las comunidades y de la comunicación como dinámica bajo la que se ejecuta su concreción en tanto que contenido de lo real –y su pasado.

Desde una perspectiva de este corte, la Historia Intelectual parecería estar abocada a la crítica de la cultura y, a partir de mediaciones básicamente historiográficas, a dislocar los presupuestos políticos –de ningún modo epistemológicos– sobre los que se ha sustentado la marginación de las valencias y saberes simbólicos o no literales de la fusión de los horizontes históricos.

Como disciplina productora de conocimientos específicos, la práctica investigativa de la Historia Intelectual pone en evidencia sin embargo también la racionalidad operativa de los procesos y operaciones de restitución del pasado en el tiempo y, al abordar la circunstancia misma de los lugares de su producción y las relaciones tras-personales que los conforman –el mapeo conceptual e intersubjetivo de las coordenadas espacio-temporales–, provoca un efecto reflejo de auto-contrastación de su lógica argumentativa y el carácter de su función social.

El rendimiento del anacronismo como dispositivo teórico de la historia, bajo el contorno de su disposición como campo de lo intelectual, ocurre así a un doble nivel de la tarea historiográfica: por un lado, en el marco de constitución de la verdad histórica, la complejidad de los mecanismos con que procede la observación contemporánea ha redundado en la complejidad de la propia asunción del pasado como objeto de relaciones y comunicaciones en el entorno ineludible de la producción cultural –si no es que de lo estrictamente simbólico–, y, por el otro, bajo el palio de la conciencia de lo contingente como matriz de significación de la fragilidad y del alto coeficiente de improbabilidad que permea el ámbito de la cultura como creación y distinción –perspectiva que disloca en tanto que retorno del pensamiento trágico las atribuciones futuroológicas del historicismo como modernidad y del presentismo como residuo posmoderno–, el anacronismo configura la predisposición del

pasado como reiteración y eleva con ello la función cultural de la historiografía como detonante crítico del hacer político o más ampliamente social.

El postulado que vincula en la publicación la generalidad abstracta de lo intelectual con los haberes escriturales de lo latinoamericano como identidad atlántica de lengua española, conduce al redescubrimiento de la historia como invención y a la relatividad extrema de la tradición como palabra heredada que ha de ser reescrita en los términos de lo que hasta ahora en ella ha permanecido oculto por la simplificación historicista, coincidente por lo demás con la postura “ingenua” del realismo mágico y su transfiguración alquímica en identidad política de síndrome ucrónico.

Como vía crítica del “pasaje a occidente” contemporáneo, la Historia Intelectual, al elevar los presupuestos mismos que le dieron origen como máximas de su observación historiográfica, parece haber abierto desde su milenaria síntesis de lo latino y lo americano, una peculiar mirada sobre el pasado en la que la culturización de la operación y la función del conocimiento histórico, le habría otorgado viabilidad al término de una lejana paradoja con la que se anunciaría además el cierre de lo moderno como provisionalidad: los estudios de recepción de Reyes, Villoro o Paz, como condición de necesidad para la comprensión del ciclo que viene.

La red como metáfora cultural de la posibilidad atemporal de las democracias de la diferencia. O el anacronismo como fondo ideal –intelectual– de “la comunidad de los sin comunidad”.

Luis Arturo Torres Rojo

*Universidad Autónoma de Baja California Sur-México*

MANUEL LLORCA-JAÑA. *THE BRITISH TEXTILE TRADE IN SOUTH AMERICA IN THE NINETEENTH CENTURY*. NEW YORK: CAMBRIDGE UNIVERSITY PRESS, 2012, 380 pp.

*The British Textile Trade in South America in The Nineteenth Century* es la nueva publicación que nos presenta Manuel Llorca-Jaña, historiador económico y profesor de la Universidad de Santiago de Chile. Nos encontramos ante un libro que explora uno de los ámbitos menos cultivados por la historiografía económica mundial: el comercio exterior británico en la América Latina, durante la primera mitad del siglo XIX.

Este período que se caracteriza por la incorporación de las economías latinoamericanas a las economías europeas, en la época posterior a la independencia, tiene como contraparte la gran expansión del comercio británico, especialmente hacia América del Sur. En palabras de Halperin, “entre 1808-1812, los comerciantes aventureros británicos llegaron a Río de Janeiro,

a Buenos Aires y a Montevideo en gran cantidad. Pocos años después, Valparaíso se convirtió en el principal puerto del Pacífico suramericano; fue el centro desde donde los productos ingleses eran trasladados a otros puertos desde La Serena a Guayaquil”.<sup>1</sup>

A pesar de estas constataciones, la historiografía económica ha privilegiado en sus análisis la faceta exportadora latinoamericana a partir de 1870, dejando de lado el estudio de las importaciones y las redes que se conformaron en el período anterior, con el argumento de que las nuevas repúblicas latinoamericanas no tenían, en aquel entonces, capacidad importadora. Este libro contradice estas afirmaciones y provoca una ruptura con aquella visión, arrojando nuevas luces sobre la trama en la que se desarrollaron las exportaciones de textiles desde el principal país industrializado de la época –Gran Bretaña– hacia los países del Cono Sur, Argentina y Chile, en el período que va desde 1810 hasta 1859.

En cuanto a la estructura de la obra, el autor la organiza en tres partes. En la primera, que la denomina: “Los datos comerciales”, hace un inventario de las conclusiones a las que ha llegado la literatura anterior sobre el comercio británico en el período y luego las critica, planteando nuevos y diferentes resultados en base a sus propios datos, recogidos en fuentes que anteriormente habían sido ignoradas, tales como los *Libros de exportaciones de los comerciantes británicos*. Concluye afirmando que ni el Cono Sur ni Latinoamérica fueron mercados marginales para las exportaciones británicas durante la primera mitad del siglo XIX, dado que Latinoamérica representó alrededor de la quinta parte de las exportaciones mundiales británicas. En vista de esta constatación, Llorca-Jaña considera que la historiografía del comercio anglo-latinoamericano necesita ser revisada. Y comienza esta revisión formulando la siguiente pregunta: ¿cuáles fueron los factores que incidieron en el desarrollo de las exportaciones británicas al cono sur?

La respuesta se encuentra en la segunda parte del libro: “La cadena de mercados”, donde analiza las relaciones que se dieron entre los diversos actores económicos que llegaron a conformar una extensa cadena de mercados en el Cono Sur. Estos actores son, los industriales británicos y todas las personas que participaban en el proceso de elaboración de textiles: tejedores, tintoreros, impresores, las que daban el acabado, las que hacían el zigzag, las emparadoras; quienes vendían este producto: los comerciantes en Gran Bretaña y sus corresponsales en ultramar, los empresarios navieros, los de seguros marítimos, los comerciantes británicos domiciliados en el Cono Sur –que no siempre eran sucursales de casas británicas–, los comerciantes locales, aquellos que compraban al por mayor a las casas británicas y los minoristas; y, al final de

---

1. Tulio Halperin Dongui, “América Latina independiente: economía y sociedad”, *Historia económica de América Latina* (Barcelona: Crítica, 2002), 11.

la cadena, los consumidores. En fin, todos aquellos que contribuyeron en la articulación de la producción de textiles con los mercados latinoamericanos.

Entre aquellos actores sociales, el autor destaca, en primer lugar, un importante grupo de comerciantes instalados en Montevideo, Buenos Aires y Valparaíso desde inicios de la república. Fueron ellos quienes crearon las redes necesarias para que se desarrollaran los mercados que necesitaban los industriales británicos. Un segundo grupo estuvo conformado por los británicos que fueron a la vez manufactureros y comerciantes y que vendieron directamente a las casas comerciales británicas establecidas en el Cono Sur o a otros comerciantes en Gran Bretaña, que manejaban las exportaciones hacia Sudamérica. Por fin, surgió un tercer grupo cuando algunos miembros del segundo abrieron sus propias sucursales o se asociaron con comerciantes británicos ya establecidos en Sudamérica.

Llorca-Jaña señala que las principales casas comerciales británicas con corresponsales en el Cono Sur fueron dos: Huth, Gruning & Co. y Hodgson & Robinson, que fueron abastecidas por alrededor de 100 diferentes proveedores. A estas habría que añadir a otros comerciantes británicos autónomos que, en total, sumaban alrededor de 260 casas mercantiles británicas con oficinas abiertas en Valparaíso o en Río de la Plata antes de 1859.

El pago de los textiles de algodón, lana y lino importados se realizó combinando el uso de diversas monedas locales. Además el autor explica que todavía en esta época era intenso el flujo de la plata del Alto Perú, lo que contribuyó en gran medida a potenciar la capacidad importadora de los países del Cono Sur.

En la tercera parte del libro: "Explicando los datos", el autor interpreta el material empírico presentado en los dos capítulos anteriores. Por un lado, identifica los factores en la metrópoli industrial que permitieron el auge exportador hacia el Cono Sur: aumento de la productividad industrial británica, avances del transporte y desarrollo de nuevas instituciones. Más concretamente, subraya las graduales reducciones en los costos de producción en la industria textil, mejoras en los embalajes de textiles, avances en la cartografía, reducción del precio de los fletes marítimos y medidas para fortalecer el libre comercio. Por otro lado, el autor enumera y describe una serie de mejoras en el Cono Sur, como por ejemplo la reducción de impuestos para importación, las mejoras de los puertos y los comienzos del auge exportador hacia Europa de productos primarios.

En las conclusiones, Llorca-Jaña, se pregunta si las primeras décadas del siglo XIX deben considerarse como perdidas. En respuesta señala que los datos estadísticos confirman lo contrario, que el Cono Sur fue un mercado dinámico y creciente para las exportaciones de textiles británicos, especialmente los de algodón, pero que estos datos han permanecido ocultos, entre

otras razones porque se ha dado por sentado que las repúblicas recién independizadas no podían tener capacidad de compra y que solamente con la llegada de los migrantes europeos y los ferrocarriles en la segunda mitad del siglo se podría producir el crecimiento.

La reconstrucción del comercio británico en la primera mitad del siglo XIX hecha por Llorca-Jaña es resultado de un trabajo documental ponderable. El autor recorrió los archivos de varios países en búsqueda de fuentes primarias: Chile, Argentina y especialmente Gran Bretaña. En este último, acudió al Archivo Nacional de Kew en Londres, donde revisó 132 volúmenes de los *Libros de Exportaciones de los Comerciantes Británicos*, editados por el Comité Británico de Aduanas e Impuestos. Esto fue complementado con información previamente extraída de más de 100 volúmenes de los Documentos Parlamentarios Británicos.

Otra fuente documental importante fue la correspondencia de algunos industriales-comerciantes y de aquellos que solo eran comerciantes británicos. Estos manuscritos no habían sido utilizados anteriormente para el estudio del comercio textil. Asimismo, los libros de aduanas y los informes consulares británicos del período 1823-1859 han enriquecido el conocimiento de las tramas comerciales y de las políticas públicas. Los papeles judiciales en archivos chilenos, que contienen disputas entre comerciantes chilenos y británicos, es otra de las fuentes utilizadas. Por fin los periódicos de la época, entre ellos *Argentine News* y *The Times*, permiten reconstruir el panorama complejo del comercio a inicios del siglo XIX.

Las fuentes estudiadas por Llorca-Jaña brindan un valioso aporte, puesto que pueden ser aprovechadas para estudiar otras regiones de la América Latina, la andina, por ejemplo. La metodología utilizada por el autor para el análisis y el uso de categorías económicas como la demanda, la oferta, los precios y sus elasticidades, así como la construcción de series estadísticas, son herramientas adecuadas para la elaboración de una historia económica con rigor. Las redes de mercados, estudiadas por Llorca-Jaña son importantes porque contribuyen a la comprensión de la Historia Económica de la América del Sur, especialmente la del Ecuador. En efecto, la economía del cacao, por ejemplo, dependió de la extensión del comercio, desde Valparaíso hacia el norte del subcontinente, tal como lo sugiere Halperin Dongui.

En vista de los aportes que proporciona el texto reseñado, es de recomendar que sea traducido al español lo más pronto posible, con el fin de que pueda llegar a mayor cantidad de lectores y lectoras, a los especialistas interesados en la Historia Económica latinoamericana y del Cono Sur, especialmente.



ADRIANA PUIGGRÓS. *DE SIMÓN RODRÍGUEZ A PAULO FREIRE. EDUCACIÓN PARA LA INTEGRACIÓN IBEROAMERICANA*. BOGOTÁ: CONVENIO ANDRÉS BELLO, 2005, 131 pp.

Sobre la idea sostenida de una necesaria integración regional latinoamericana y caribeña debido a “razones de largo plazo”, en oposición a “motivos que proporciona el neoliberalismo para su distanciamiento”, Adriana Puiggrós, a partir de la admisión de que la cultura y la educación pueden cumplir un importante papel cohesionador, se introduce en el estudio crítico de algunos de los más importantes discursos pedagógicos que desde la época independentista marcaron la ruta educativa regional.

El interés está dirigido a mostrar las líneas de fuerza que orientaron los programas educativos de América Latina y el Caribe en distintos momentos de su devenir histórico a través de una línea reflexiva que no se acoge esquemas cronológicos convencionales de estudio, sino que, en el afán de revalorizar algunas respuestas educativas pretéritas, se introduce en primer lugar en el estudio de varias corrientes que a partir de la década de 1960 hasta 1980 pusieron en tela de duda la educación moderna en situación de fracaso, y luego, desde una perspectiva histórica, en el análisis del pensamiento de destacados intelectuales del siglo XIX y primera mitad del siglo XX. Sin embargo, la preocupación no se detiene en esos marcos temporales. Y es que la autora estudia también las experiencias educativas regionales recientes en el “convencimiento de la continuidad de su historia”; continuidad que exige acciones “deseables” que deben ser compartidas por los Estados de la región, esbozadas en grandes rubros por ella en la última parte del trabajo.

El primer capítulo del libro muestra cómo en la década de 1970 irrumpen varias corrientes que pusieron en tela de duda la estructura educativa de la región lideradas por intelectuales “desarrollistas” y “revolucionarios”, quienes, influidos de las teorías reproductivistas de las izquierdas francesa, inglesa y norteamericana, participaron con ellos de la idea de que la escuela era “medio de reproducción de la ideología dominante”.

En el marco de tales cuestionamientos, la tesis de descolarización de Iván Illich y el programa pedagógico de Paulo Freire fueron dos de las grandes tendencias que se colocaron en contrapunto a la escuela instalada. Sin embargo, desde una postura crítica al reproductivismo y a la descolarización, la autora señala que, a excepción del programa educativo de Freire que en sus palabras fue el que “más rédito ha dejado”, reproductivismo y descolarización no desarrollaron propuestas teóricas pedagógicas alternativas de tal manera que no impactaron en el sistema educativo instituido que buscaban desarmar, precisamente debido al “vacío discursivo” que les caracterizó.



En medio de este ambiente de contestación se pusieron en marcha, de todas maneras, una serie de experiencias que se asumieron bajo la denominación de “educación popular”, que, aunque inspiradas en el programa pedagógico de Freire, quien impulsó el paradigma, fueron en el mismo momento de su apareamiento seriamente cuestionadas, entre otras razones no solo porque distorsionaron recomendaciones pedagógicas freireanas, sino porque en ocasiones sirvieron a objetivos contrarios en términos negativos a los que planteó la pedagogía de la liberación.

Ya para la década de 1990, la educación regional experimentó otros desplazamientos, en este caso bajo los designios del Fondo Monetario Internacional y en última instancia del “torrente neoliberal” que, aunque incapaz de hacer *tabula rasa* de las experiencias educativas históricas anteriores, se infiltró en los sistemas educativos regionales a los que les imbuyó de ideas mercantilistas. En medio de esta situación la autora hace notar la presencia grave de planteos restrictivos y selectivos de educación, inclusive disciplinariamente legitimados.

Si al reproductivismo y a la descolarización les caracterizó una cierta miopía al no alcanzar a otear el embate del neoliberalismo que se cernía ya para entonces amenazante, y si específicamente la tesis del fin de la escuela significó en última instancia al mismo tiempo la negación del legado histórico, la autora propone “revisar la historia” con el propósito, por un lado, de encontrar las causas que imposibilitaron transformaciones y, por otro, de apropiarse de saberes pedagógicos pretéritos productivos que podrían alentar respuestas a los acuciantes problemas educativos presentes que los críticos a la “educación dominante” en su momento no pudieron armar consistentemente, dejando en cierta forma a la región a expensas de los designios educativos internacionales.

Desde ese interés, la segunda parte del libro concierne no solo al análisis del discurso de tres de los grandes intelectuales latinoamericanos decimonónicos: Simón Rodríguez, Juan Bautista Alberdi y Domingo Faustino Sarmiento, sino que se introduce también en los discursos de otros intelectuales de la primera mitad del siglo XX (como los del argentino Alejandro Korn y del mexicano Alfonso Reyes), discursos que, a pesar de las distancias espaciales y temporales que median entre ellos, tienen en común “el elemento práctico, el compromiso con la realidad, la advertencia sobre la necesidad de hacerse cargo del drama social”.

Si el paradigma político-pedagógico de Rodríguez fue inclusivo y profundamente democrático, en correspondencia con su fe en las posibilidades de los “desamparados”, al interés por una educación única y por un encuentro con la propia identidad latinoamericana, mediada por un ejercicio de invención; Alberdi, señala la autora, postuló un programa que optó por una población laboriosa importada, al tiempo que negó especificidades identitarias latinoame-

ricanas. Por su parte Sarmiento, aunque convocó diferencias raciales, la mirada detenida de Puiggróss en su pensamiento le permitió descubrirlo como un intelectual modernizante y al mismo tiempo comprometido con la educación de las masas. En todo caso, la preocupación de estos pensadores en general estuvo ligada a un interés por el progreso de los Estados; idea que, por cierto, no desapareció más tarde, sino que mantuvo su vigencia décadas después.

Así, pues, en la primera mitad del siglo XX el pensamiento latinoamericano volvió sobre la cuestión social y el problema de la identidad. Los intelectuales o bien se sumaron al antipositivismo o al positivismo, aunque en general no solo que apostaron por la ciencia y la tecnología, sino que plegaron por la formación del sujeto productivo.

Este proceso histórico, sin embargo, estuvo pintado de discontinuidades. El pensamiento de Rodríguez, adelantado a su época, capaz de articular presente con futuro, sujeto pedagógico con trabajo, archivado por las élites de su tiempo incapaces de asumir la *otredad*, quedó suspendido en su tiempo, debido a los “olvidos” de los promotores de la educación popular de casi dos siglos después a su época.

Ya en la tercera parte del texto, la autora desarrolla una importante reflexión acerca del pensamiento del filósofo italiano Giorgio Agamben de cuyas ideas se sirve para abrir una serie de preguntas inquietantes acerca del papel de la educación. Entonces, alrededor de tendencias como la de Agamben, que hablan del fin de la historia, de negación a la transmisibilidad, de imposibilidad de la experiencia, Puiggróss se plantea, entre otras cuestiones, si la educación en esa medida puede ser instrumento de viabilización del sujeto pedagógico capaz de aprendizaje y creación.

Sin embargo, apartándose de esas posturas, encuentra en la educación un gran potencial liberador. Los educadores, dice, están llamados a convocar los saberes populares, a rescatar el poder cultural latinoamericano, ya que este último puede constituir instrumento a través del cual serán posibles respuestas a la globalización homogeneizadora.

Y es que situada en el momento del gran embate neoliberal que resquebrajó el carácter docente de los Estados latinoamericanos, la autora propone el reencuentro con el timón de las propias opciones latinoamericanas, viables siempre y cuando se consoliden procesos de integración regional. No se trata, dice, de rendirse al discurso neoliberal, ni tampoco de adoptar posturas reproductivistas ya que estas llevarían a perderse en la “infinitud de lo actual” o en la “reproducción del puro presente”; se trata de “sostener la continuidad de la experiencia”, de convocar “los lenguajes antiguos (...) requeridos para dar sustento a los nuevos lenguajes que han emergido de aquellos antiguos”.

En medio de tales planteamientos, Puiggróss regresa casi al final de su texto a Simón Rodríguez y al hilo de la propuesta igualitaria de este autor.

Sin olvidar a Freire en las posibilidades de vínculos con Rodríguez, convoca al reencuentro con la historia latinoamericana y caribeña para gestar entre los maestros no solo la imprescindible identidad profesional, sino también continuidades de la experiencia. Sin embargo, no se trata de retomar un Rodríguez "literal", sino de elaborar nuevas experiencias que se construyan sobre la base de reordenamientos pasados. América Latina y el Caribe que lidiaban a principios de este siglo, excepciones de por medio, con híbridos (modernidad inconclusa con neoliberalismo) puede encontrar en la unidad, no solo entre sus países, sino mirando a España y Portugal, la posibilidad de abrir sendas a un reencuentro con su propia historicidad liberadora.

Este libro fue ganador del concurso de ensayo de memoria y pensamiento iberoamericano convocado por el Convenio Andrés Bello en 2004.

Sonia Fernández Rueda  
*Taller de Estudios Históricos (TEHIS)*

LOLA VÁSQUEZ Y OTROS, COORDINADORES, *LA PRESENCIA SALESIANA EN ECUADOR. PERSPECTIVAS HISTÓRICAS Y SOCIALES*. QUITO: ABYA-YALA / UNIVERSIDAD POLITÉCNICA SALESIANA, 2012, 765 pp.

La presencia de los religiosos salesianos en el Ecuador data desde enero de 1888, luego del convenio firmado por Don Juan Bosco, fundador de los Salesianos y el representante del gobierno del Ecuador en Turín (Italia) en 1887. La primera obra que asumieron en el país fue el Protectorado Católico de Artes y Oficios de Quito, pero muy pronto la misión evangélica-educativa se extendió a otras ciudades como Riobamba (1891), Cuenca (1893), las misiones en Morona Santiago-Gualaquiza (1893) y Guayaquil (1902). Los inicios de la presencia salesiana estuvieron marcados por el entorno político que se vivía en el país. Del inicial apoyo de los gobiernos progresistas, se pasó a la expulsión por parte del gobierno liberal, época en la que solo se les permitió la permanencia en la misión oriental de Gualaquiza. Desde la perspectiva actual se puede colegir que, desde 1888, los salesianos han marcado una amplia trayectoria en el trabajo misionero y educativo del país.

Al hacer memoria de la presencia y aporte al patrimonio educativo y espiritual con los 125 años de presencia salesiana (1888-2013) y en las proximidades de la celebración del bicentenario del nacimiento de Don Bosco (1815-2015), se publica el libro aquí reseñado, auspiciado por la Comunidad Salesiana: *La presencia salesiana en el Ecuador*. A través de sus 765 páginas se documenta y analiza la acción educativa-pastoral salesiana desde un enfoque histórico y social.

El libro recoge los resultados de una investigación llevada a cabo no por religiosos salesianos, sino por académicos laicos pertenecientes a la Universidad

Politécnica Salesiana, así como por otros investigadores independientes que han asumido la presencia salesiana como objeto de interés académico. Son autores que, conocedores de cerca de la misión salesiana, aportan desde una mirada externa al análisis de la acción pastoral y educativa emprendida en el país.

Académicos de las ciencias sociales como sociólogos, historiadores, antropólogos y pedagogos, a través de una veintena de ensayos, presentan un análisis de la labor salesiana según cuatro ejes: I Aportes al desarrollo y la inclusión social; II Aspectos sociales e históricos de la educación salesiana; III La obra salesiana y la conformación de identidades regionales y locales; y IV Misiones, pueblos indígenas e interculturalidad. Los distintos autores abordan desde un enfoque interdisciplinario las dimensiones impulsadas desde la comunidad salesiana en el Ecuador como: desarrollo comunitario; inclusión social; niñez y adolescencia; conformación de identidades regionales y locales; misiones salesianas; pueblos indígenas e interculturalidad; y educación salesiana con énfasis en la educación técnica.

A lo largo del texto se puede colegir en algunas investigaciones que los cambios sociales que se produjeron en las décadas de 1960 y 1970, en el ámbito eclesial operadas por el Concilio Ecuménico Vaticano II, Medellín y Puebla, impulsó a los hijos de Don Bosco a asumir un nuevo compromiso de labor social, basado en el emprendimiento y desarrollo con las comunidades indígenas y los sectores marginales urbanos, como los niños de la calle.

Los artículos que integran el libro profundizan en el diálogo que se establece entre la herencia espiritual pedagógica del carisma salesiano, la vinculación social y las expectativas de los pueblos y culturas. Los artículos exponen información y datos relevantes acerca del rol proactivo en la construcción de un nuevo enfoque de sociedad por parte de los salesianos, acción que es más relevante cuando se realiza en condiciones de pobreza, marginación y exclusión social como la de los pueblos indígenas, lo cual evidencia novedosas perspectivas de análisis e interpretación de la presencia salesiana en el país.

La categoría de análisis centrada en la *presencia* de la acción salesiana en la vida social, cultural, económica y política del Ecuador ha llevado a privilegiar la mirada en los actores sociales, desubicando a los misioneros salesianos como protagonistas exclusivos de la misión, e insertándoles en relación con otras actorías sociales. Es así que, al profundizar en la acción pastoral de esta comunidad religiosa, los investigadores descubren a las comunidades en sus diversas localidades, a los sujetos sociales, a las organizaciones indígenas, a los colectivos sociales étnicos, las ciudades y las identidades locales.

Los ensayos muestran plurales enfoques disciplinarios y metodológicos. Cada estudio incluye, en proporciones diferentes, la revisión de documentación de archivo, entrevistas con actores directos, testimonios orales, búsqueda de documentación visual, revisión de periódicos de la época, así como

lecturas de revistas y crónicas de la comunidad salesiana. La metodología es diversa, las perspectivas para el análisis son múltiples, se fundamentan en una recolección bibliográfica, en la investigación de campo y en la preocupación por dar voz y visibilidad a los diversos actores.

En la primera parte de la investigación (35-196) se presenta un análisis de tres experiencias emblemáticas de la presencia salesiana en el país, como son: el desarrollo cooperativo en Salinas de Guaranda, el modelo de desarrollo con la Fundación Casa Campesina Cayambe, y el Proyecto Salesiano Chicos de la Calle. En los tres casos, teniendo como eje de análisis el desarrollo, se combina la acción pastoral con el mejoramiento de la calidad de vida de los pobladores y sus comunidades.

La segunda parte (197-395) aborda los aspectos sociales e históricos de la educación salesiana emprendida en las ciudades de Quito, Cuenca, Riobamba y Guayaquil. Este capítulo se enmarca particularmente en el contexto social de los inicios y mediados del siglo XX, y aborda el acontecer de la educación salesiana desde el enfrentamiento con el régimen alfarista, pasando por el impulso de los planteles técnicos, hasta la creación de la Universidad Politécnica Salesiana. En esta perspectiva el conjunto de análisis presenta la dinámica pedagógica y espiritual de una congregación que, partiendo del trabajo comprometido y cotidiano, ha alcanzado una dimensión histórica en la configuración de lo local, regional y nacional con su propuesta pastoral y educativa.

La tercera parte (397-560) presenta, a su vez, investigaciones sobre la influencia de los salesianos en la configuración de las identidades locales, en contextos muy complejos, con la presencia de grupos humanos de distintas procedencias, necesidades y dinámicas. Se analiza que con la población shuar, al inicio con el afán de civilizar, propiciaron de forma directa su pérdida de identidad, la misma que buscaron recuperarla más tarde cuando dieron un giro a su accionar con la pastoral indígena.

Finalmente, en la cuarta parte del volumen (561-764) se aborda el trabajo misionero, los pueblos indígenas y la interculturalidad. Se describe la experiencia salesiana entre los indígenas en tres momentos: un primer momento que va desde 1888 hasta 1959 caracterizado por el establecimiento de los frentes misioneros salesianos en la Amazonía; un segundo momento de expansión de 1971 a 1988; y un tercer momento de diversificación de 1994 hasta la fecha. A partir de la década de 1970, en su accionar pastoral con los pueblos y cultura kichwas de la sierra centro norte, los salesianos asumieron el enfoque de la "Iglesia de los pobres y promoción humana", promovido por la Teología de la Liberación. En este contexto se abrieron nuevas misiones como Zumbahua (1972); la Hospedería campesina de la Tola en Quito, 1973; la misión de Salinas (1976); y la Casa Campesina de Cayambe (1980). Detrás de la ejecución de cada una de las obras se refleja una concepción del

carisma salesiano que se plasma en una visión, un imaginario y un horizonte común que guía el accionar y compromiso evangélico y de promoción social.

Cabe resaltar que los ámbitos de investigación relacionados con la interculturalidad y desarrollo social son los mejores provistos de investigaciones previas en el debate académico, quizá porque en estas opciones los misioneros salesianos no solo animaron y propiciaron estas investigaciones, sino porque ellos mismos se incluyeron y aportaron en el debate; mientras que las áreas relacionadas con el aporte a las identidades locales, urbanas y rurales son temas que carecen de estudios y análisis previos. Quizá el área más conocida de los salesianos ha sido el especial énfasis en la educación, sin embargo, en el campo educativo se refleja solo la educación técnica, no así la educación formal asumida por ellos desde los inicios de su misión, por lo que su investigación y debate continúa siendo un reto pendiente.

Es importante anotar que no se visibiliza la participación de los sectores femeninos en la obra salesiana, las pocas huellas de su actuación están vinculadas con la búsqueda de financiamiento, pero no se vislumbran como actrices comprometidas en la misión. Además, las religiosas salesianas siempre han estado cercanas en la misión de los salesianos. A lo largo de las distintas investigaciones no se hace mención al trabajo compartido como familia salesiana.

Esta publicación es relevante en la construcción de la memoria histórica del Ecuador, ya que un gran número de congregaciones religiosas ha aportado y sigue aportando al desarrollo educativo, cultural, social, económico y espiritual del país. Uno de estos aportes es la presencia salesiana, que desde los distintos espacios de pastoral educativa refleja el aporte desde el carisma educativo de prevención, así como su compromiso en el empoderamiento y emprendimiento de poblaciones y comunidades históricamente abandonadas y excluidas.

La invitación queda abierta a revisar cada página y ensayo que conforman este volumen, y a descubrir el capital educativo, religioso, social y cultural que religiosos como los salesianos han plasmado en la sociedad ecuatoriana. En un momento de grandes retos sociales, alienta presentar una obra de esta magnitud, porque nos permite visibilizar la complejidad del trabajo pastoral comprometido y a incorporar en la memoria social colectiva desde el debate y la investigación, el aporte de los distintos colectivos religiosos a la construcción del país.

Carmen Pineda

*Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador*